

U.P.R., 22 de febrero de 1966.

Querido amigo:

Hace tanto tiempo que no le escribo, tantas cosas me han ocurrido desde entonces, que tal vez sería el caso de iniciar esta carta como Fray Luis sus clases con un: "Decíamos ayer...", o sea, prescindir de todo lo ocurrido y volver a tomar el hilo de nuestra antigua correspondencia filosófica. Sólo le diré, para que sepa cómo y dónde estoy situado, que nuestra re-inserción en Chile fue difícil, por las dificultades propias de la vida en ese país, porque hubo que hacerse cargo de antiguos lazos de familia y amistad, que ayudan a veces, pero también pesan; que, sin embargo, el resultado ha sido favorable para mis hijos, no sólo para el mayor, que estaba allí solo desde 1958 y encontró un hogar con nuestra llegada, sino también para los otros, que llevaban aquí una vida sin sentido, perdiendo el tiempo con amigos ociosos sin dirección, y que allá, debido a que la segunda enseñanza es superior a la de Puerto Rico, debido a una mayor emulación entre estudiantes, se han convertido –por fin- en jóvenes estudiosos y responsables; también le diré que Marta llegó en septiembre del año pasado con Beatriz, pero que vivimos separados todo el periodo en que estuvimos ambos en Chile, que ella ha quedado ahora con los niños y yo me he venido a Puerto Rico por lo menos hasta fin de año. No sé bien aún como organizaré en definitiva mi vida. Me agradecería vivir aquí si las condiciones de mi trabajo fueran tales que me permitieran pasar en Chile con mis hijos tres meses del año. Pero esto implicaría perder el cargo que tengo en la Universidad de Chile –por ahora estoy en licencia sin sueldo- y que, para lo que suelen ser los de esa Universidad, es bastante bueno. A estas incertidumbres se agrega que la Universidad de Puerto Rico está en completa reorganización, por haberse dictado una nueva ley universitaria, y nadie sabe por ahora cómo van a marchar las cosas ni quiénes van a ocupar los cargos directivos de la institución. Bueno, con esto le he dado el cascarón de los hechos, su exterioridad, y tal vez podamos ahora reanudar ese hilo.

Le había prometido hace tiempo una carta filosófica sobre El ser y la muerte. Voy a intentar escribirla.

Presenta Vd. una escala antológica en que las diversas clases de entes quedan situadas según la mayor o menor "acogida" que esos entes brindan a la muerte. Así, en el grado más bajo están aquellos –llamados "inorgánicos" o "materiales"- que en rigor no mueren, que repugnan a la muerte, que únicamente cesan; el modo de ser de tales entes consiste tan sólo en una sucesión de estados: son así y no de otro modo; por el contrario, los entes orgánicos poseen cierto grado de interioridad, al menos como centros de perspectivas varias; y pueden alterar sus comportamientos previsibles según lo que en tales perspectivas parezca; en este sentido, puede afirmarse que no sólo son así o en sí, si no que son para sí; de ellos si cabe afirmar que mueren, que la muerte les [...il-legible] como un terminar o acabarse; por fin, los entes humanos –u otros, eventuales, previstos de la misma estructura antológica- no sólo son así, o en sí, ni sólo son para sí, si no que son, a fuer de reflexivas, para sí mismos, es decir, poseen o han conquistado una mismidad para sí; a la vez, y como conveniencia, al hombre no sólo le ocurre morir, sino que la muerte le es propia, como dimensión ineludible de este ser peculiar que es el suyo (sus págs. 177 y sgtes.). Y si hubiéramos de decir que "termina", no sería acaso tan sólo en el sentido de dejar de ser, sino en el otro más pleno sentido de "término", en el de alcanzar su fin.

Creo haberle anticipado que, si algún leve defecto hubiera de encontrar en su libro, sería el de cierta discontinuidad entre, de una parte, los primeros capítulos, en que trata de la escala antológica, y de otra el último relativo al tema de la supervivencia y la inmortalidad personal. El pensamiento suyo, respecto a esa escala y al modo como en

ella incide la muerte, queda, a mi entender, plenamente desarrollado en los capítulos I, II y III, y por esto el IV me parece un tanto postigo. Tal vez esto se deba a que Vd. no desarrolla una concepción afirmativa de la inmortalidad personal, derivada de la condición reflexiva del hombre, y se limita a ofrecer diversas perspectivas posibles para enfrentar el problema, entre las cuales tiene la generosidad de incluir la de su afectísimo y seguro servidor. Adopta Vd. la posición cautelosa que consiste en reconocer que algunas doctrinas que afirman esa inmortalidad tienen al menos un valor de sugestión. Si Vd. hubiera sostenido la inmortalidad de los entes –personas en quienes culmina su escala, en vez de limitarse a una respuesta que no es negativa del todo (pg. 270), el engarce de esta parte del libro con los anteriores se habría producido naturalmente; y entonces, puesto que estos entes son los únicos de quienes puede predicarse en rigor una muerte, su libro podría haber conducido a esta paradoja, que Vd. –amante de paradojas- sabrá apreciar: sólo mueren de verdad los entes que son inmortales. Mueren y son inmortales –según el sentido en que entiendo yo esta inmortalidad- por lo mismo: por ser reflexivos, autoconscientes. Tal vez éste no sea el pensamiento suyo, tal vez lo sea en cierta medida; en todo caso, su libro me ha hecho pensar en esta dirección: el concepto de inmortalidad sólo adquiere la plenitud de su sentido cuando se aplica a ese único ente –el individuo humano- de quien puede afirmarse que muere; y ello porque “muerte”, “inmortalidad”, “individualidad personal” serían aspectos diversos y complementarios de una determinada condición antológica, caracterizada por la reflexión.

No sólo en esa dirección me ha hecho pensar su libro. Como observa Vd. en su pg. 54, hay una ley que parece regir la escala antológica en su conjunto: la idea de cambio presupone que este cambio pueda ser referido a algo que no cambia y es sujeto del cambio, a algo que es lo mismo. Acentuando la paradoja, digámoslo con esta fórmula: sólo cambia lo que no cambia; vale decir que lo que cambia ha de ser a la vez diferente y lo mismo, pues si faltara este sentido de mismidad, no se podría afirmar que hay algo que cambia, antes bien: habría que decir que hay estados varios inconexos entre ellos. Ahora bien, la mismidad supone una comparación que se resuelve en un juicio de identidad y alcanza su perfección cuando es la mismidad de sí, del sí mismo humano colocado en el grado más alto de la escala antológica pro Vd. descrita. Como de otra parte, el cambio es la afectiva temporalidad, que supone conservación de lo que pasa, a diferencia de la nueva sucesión, de aquí se infiere que el mayor cambio y el máximo y correlativo no cambio, la temporalidad y su superación en mismidad, sólo se dan en el yo, que es en efecto un sí mismo a través del cambio, en cuanto conserva lo que pasa y totaliza, mediante sucesivos enriquecimientos, el núcleo de sí, hasta llegar quizás a sea totalización máxima que es su vida, concluida, acabada, que es su tiempo reunido en eternidad.

Aquí me parece que sale al paso esta posible vinculación: en la realidad inorgánica, el núcleo de identidad puede ser mínimo, en cuanto ella es para otro, para el que la piensa, la manipula o usa; dicho de otro modo, si el pedazo de cara es siempre el mismo, ello es ante todo en función, no tanto de su mismidad, como de la mía, que lo observo y pienso (II Med. De Descartes). De aquí deriva una cierta afinidad entre la materia inorgánica y la inteligencia –y es lo que explica que las ciencias que tratan de esa materia y ante todo la física hayan tenido un desarrollo mayor y anterior, hasta alcanzar la calidad de ciencias rigurosas que las que se ocupan de los seres vivos y del hombre. Así, parecería que mientras más bajo es el lugar que los entes ocupan en la escala antológica, más rigurosas y precisas son las ciencias que de ellos tratan; de modo que, cuando consideramos los entes inorgánicos, nos vemos remitidos a esta creación del espíritu que es la física matemática. En este sentido, podría decirse que la escala ontológica vuelve sobre sí y se cierra en círculo, puesto que lo meramente material y extenso reclama el espíritu que lo conceptualiza y le da un tratamiento cuantitativo-matemático. Se cierra, además, porque cuando llegamos al otro extremo

de la escala, a la persona, vemos a ésta encarnada, hecha cuerpo, desde luego, pero además vinculada a la sociedad, a la historia, a la naturaleza, fundando ciencias sobre todos estos ámbitos antológicos, pensando y constituyendo esta escala antológica, precisamente, cuyo extremo ocupa (Como lo dice Vd. en su "Unamuno, 1964", "uno de los aspectos del 'misterio de la personalidad' consiste en que no hay personalidad sino en tanto que hay cosas contra las cuales y en las cuales la personalidad se constituye"). En verdad, tal escala, que en cualquiera de sus grados remite al sujeto consciente, sólo es porque este sujeto lo piensa. Cuando parecería que estamos en pleno "realismo", surge la necesidad de un "idealismo" de la conciencia que ha de fundarlo, y al revés: cuando parecería que estamos accediendo al nivel en que un puro "idealismo" pudiera ser posible, por tratarse de la conciencia reflexiva, comprendemos que este "idealismo" sólo es tal como vía de acceso a un "realismo". Estos dos términos revelan, por tanto, a la postre, ser interdependientes. Y esto, tal vez, por la siguiente razón: porque sólo el "idealismo", la consideración del sujeto que piensa y que sabe, priva al "realismo ingenuo" de su ingenuidad y lo eleva al rango de un auténtico realismo filosófico.

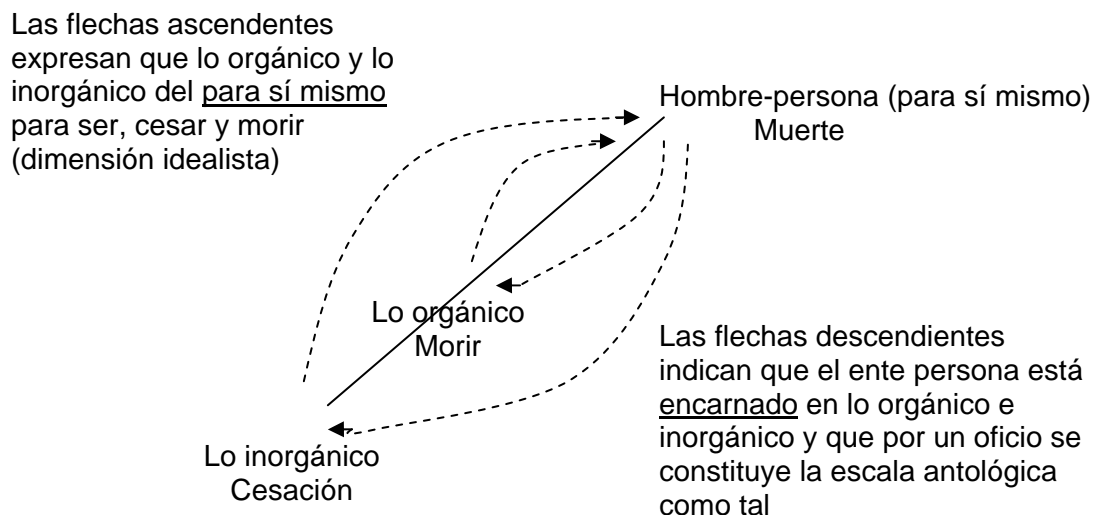
Aplicando estos pensamientos al problema del cesar y de la muerte de que su libro se ocupa, tendríamos que, si no ha de ser dogmática la afirmación de que una cosa, un núcleo de fenómenos, ha cesado, debe significar lo siguiente: había una experiencia de que esa cosa era, en el sentido de que conservaba suficiente identidad a través de sus cambios como para que pudiéramos reconocerla como la misma cosa y diferente de otras; será lícito afirmar que la cosa ha cesado, cuando haya una experiencia de que ya no es la misma cosa, que ahora hay otra. Estas "experiencias" son modos de decir conciencia. Por tanto, el cesar remite siempre a una conciencia de que aquello era y luego cesó. Y esta conciencia sólo lo es del cesar en cuanto confronta lo que era con algo diferente, que le sucede y no es lo mismo, lo cual presupone que ella misma no ha cesado. Nada impide que una realidad cese, y hasta que toda realidad cese. Pero el cesar, por su naturaleza misma, por su concepto, remite necesariamente a una conciencia de cesación, sin la cual no es posible siquiera comprobarlo o afirmarlo. Esto significa que todo puede cesar, menos la conciencia que lo comprueba y afirma y por la cual ello tiene un sentido de cesar; que esta conciencia es lo constituyente del cesar.

Como Vd. señala y explica, es diferente cesar y morir. Pues sólo predicamos el morir de aquello que estuvo vivo y por vivo entendemos, si no un ser consciente, al menos un ser irritable, un poder responder a estímulos y no sólo obedecerlos. La distinción puede ser difícil de trazar en la realidad. Pero conceptualmente es clara. Y soy consciente de la piedra, la piedra no lo es de mí. Decimos de la piedra que es inorgánica y cesa. Yo soy consciente del perro y el perro lo es de mí, o de la presa, o del otro perro. Decimos que el perro vive y, por ende, a su cesación la llamamos morir. Pero, si bien aquí lo que cesa es una conciencia, acaso incipiente y manifiesta tan sólo como irritabilidad, esta conciencia puede no serlo de su morir, y en tal caso la realidad orgánica como la inorgánica remite a la conciencia que otro tiene del morir. Pero hay un ente –un viviente– que no sólo es consciente de algo ajeno, sino que es consciente de sí en cuanto consciente de algo ajeno. Y esto significa que no sólo es y cesa, que no sólo vive y su cesar es morir, sino que su vivir, por la conciencia que de ello tiene, es para él un todo: una vida en cuanto delimitada por un término. Por ende, el verbo morir se puede conjugar respecto de él reflexivamente: su morir es un morirse, vale decir, una muerte.

Al llegar al ente que tiene vida y muerte no estamos requeridos a considerar otra conciencia, puesto que la vida es el vivir consciente de sí, de su finitud y posible completud o entereza en el término. Lo que respecto de tal ente cabe llamar su muerte es el morir consciente de sí, es el morir considerado desde la propia conciencia

moribunda. Pero si la muerte sólo es tal en función de la propia conciencia de morir, si esta conciencia ha de estar presente para que quepa hablar en rigor de muerte, resulta que esta muerte no puede ser tenida por un cesar, puesto que se define en función del propio sujeto que muere, el que ha de estar presente en su muerte para que ésta sea tal para él. Se cumple aquí una vez más el principio de la mismidad que rige al existir del ente humano, por ser reflexivo; es decir, ha de ser el mismo quien muere y quien sabe que muere y por esto se arranca del morir, lo convierte en acceso a la eternidad.

En suma, yo vería de este modo la escala antológica por Vd. propuesta:



Me parece que es también digno de destacarse el que la escala no es sólo un sistema clasificatorio sino un proceso; que no es estática, sino dinámica. En el orden del conocer, lo primero es el para sí; pero este conocer mismo indica un orden del ser en que lo primero es lo inorgánico y en que el último estadio resume y reasume, reactualiza todos los otros. En este sentido, cabe decir del hombre que es el rey de la creación. Vista en esta perspectiva, la escala antológica queda arrancada del plano de la naturaleza y es llevada al de la historia.

No sé qué pensará Vd. de esta interpretación un tanto hegeliana, pero de todos modos muy personal de su pensamiento. No sé qué quedaría de ella si ahora volviera a leer su libro (lo leí hace años y tomé algunos apuntes a base de los cuales le escribo). Es muy posible que lo que digo a propósito de su libro esté dicho en él y yo no lo haya advertido por el carácter presuroso de una primera lectura (Aun los libros de filosofía se leen con cierta ansiedad con el deseo de saber pronto, como en las policiales, quién es el criminal). Le ruego contestarme con franqueza lo que Vd. piensa de mi crítica. Acogeré agradecido la crítica de la crítica.

No tengo yo autoridad, por cierto, para pedirle comentario de mis escritos, habiéndome demorado tanto en comunicarle los míos de su libro. Con todo, me agradaría saber si recibió Vd. mi monografía sobre la enseñanza de la filosofía en la Universidad hispanoamericana escrita por encargo de la Unión Panamericana, a la que pedí le enviara a Vd. un ejemplar. Su pensamiento está allí citado a profusión. Por mi parte, le envié una separata del texto de una conferencia que di en Santiago, en un momento de mal humor, con el título ¿Le tenemos miedo a Albee? Contiene una interpretación de la obra de este autor que, según me dijo Jaime cuando estuvo aquí, Vd. admira

(Jaime traía precisamente un volumen con diversas obras de Albee y así lo conocí o comencé a conocerlo). Mi ensayo constituye, además, una tentativa de autocrítica de la situación cultural-histórica de Chile. Junto con la separata, le envié unos recortes de una polémica que sostuve con Raúl Silva Castro en El Mercurio. Por fin, a principios de enero de este año le envié un libro mío que publicó la Universidad de Chile: El Quijote como figura de la vida humana y una separata de un largo ensayo sobre la Divina Comedia. Sobre todo ello, y muy en especial sobre mi interpretación del Quijote, con énfasis especial en la función del Bachiller Sansón Carrasco, como mistagogo y pricopompo, me agradecería tener sus comentarios. ¿Qué quiere Vd.? El inconveniente de tener amigos que escriben en éste: exigen, tiránicamente, que se les lea, y piden comprobación de que la lectura se ha hecho y ha sido apreciada en forma favorable o desfavorable... Tampoco me ha dado Vd. su opinión sobre mi edición del Mémoire de Berlin. Tal vez ya haya [...il·legible].

Ahora estoy escribiendo una nueva exposición de mis Reflexions métaphysiques. Se titula Toma de razón y es un libro sobre el libro mismo que viene a expresar así la condición reflexiva del autor y el lector. Por fin, tengo a medio escribir unas Tres tesis sobre Marx. Y terminé el año pasado un largo ensayo jusfilosófico: La propia conducta como modo de derogación y promulgación del Derecho. Verá que he trabajado.

Mucho me agradecería tener noticias tuyas, personales, de Renée, de Jaime, a quien tanto queremos en mi familia, de sus trabajos y sus días, de cómo va su Ser y sentido, etc. Contésteme pronto, se lo ruego, y reciba un abrazo de su amigo

[Signatura]

Terminada el 9 de marzo.